

LA HISTORIA ENTRE LA TEORIA Y EL DATO: LA ESTRUCTURA SOCIAL

AGUSTIN DIAZ TOLEDO

Podíamos haber desarrollado nuestra comunicación partiendo de otras problemáticas: una podía ser la búsqueda de alternativas a “cuestiones concretas”, tiempo ha en el tablero; también podíamos hacerlo a través del análisis de algunas de las “soluciones” dadas a tales cuestiones: Mazzarino, Finley, Vittinghoff... pero por motivos que pensamos no pertinentes desarrollar aquí hemos optado por un nivel, diríamos, más abstracto de lo usual, incluso sabiendo que tal opción equivale a una auto-expulsión del discurso “normal” de la historia.

Evidentemente cada historiador realiza su labor en el nivel de abstracción que se ha impuesto o que le impone la formación social en la que “está inmerso”. Y generalmente, cuando el nivel de abstracción “viene impuesto”, se suele castigar con la excomunión a cuantos no colmulguen con la misma “opción”... O sea, mientras el historiador consciente (o que al menos lo intenta) de sus premisas de trabajo admite que puedan existir otras premisas tan rigurosas o “científicas” como las propias, aquél que realiza su labor como le dictan las pautas vigentes, sólo puede echar mano del anatema cuando se plantea alguna alternativa diferente a la “propia”.

Hablar de multiplicidad de opciones, *hic et hunc*, puede sonar a voceros pre-electorales. No es nuestra intención hacer una convocatoria al espíritu altruista-liberal. La reflexión sobre la problemática histórica tiene una base menos oportunista: pretende poner de relieve los límites en los que se mueven las distintas opciones existentes en historia. Pues pensamos que la construcción de una “nueva historia”, o en términos menos trompeteros, el avance de la problemática histórica, depende, entre otros elementos, del conocimiento de los techos bajo los que se mueven los instrumentos conceptuales empleados. O, ¿afirma alguna opción estar arriba del bien y del mal?

La tarea de “reflexionar” ha sido reducto de los “filósofos”. Y simplificando, podíamos afirmar que es reciente la caracterización que distigue el proceso histórico del filosófico. Pensamos, sin embargo, que normalmente se emplea tal término, más para poner el san-benito al enemigo ideológico, que como concepto previamente elaborado. Por ello, nos atrevemos a decir que, cuando en la mayoría de los casos, los historiadores hablamos de teoría, abstracción, filosofía..., la propiedad con que se usan tales términos deja, al menos, mucho que desear. Refiriéndose al discurso histórico, no es constatable, que precisamente aquellos historiadores que pretenden anclarse en el “montaje de datos”, son los que con más alegría emplean términos tan cuestionables como causa, ley, ciencia, libertad...(1)

Diríamos que, en cuanto el historiador conozca mejor las pretensiones de los saberes filosófico e histórico, mejor podrá “realizar su labor” y ponerse en guardia de su adversario, en caso que lo fuera.

En nuestro intento de plantear en voz alta a este Coloquio las cuestiones que nos surgen en el quehacer profesional, hemos con la primera problemática: “*entidad del saber histórico*”: insistiendo que tal problemática se encamina a “evitar”, en la medida de lo posible, la inmisicución dentro de las coordenadas del saber histórico, de otras coordenadas, que a pesar de nuestras intenciones, no sólo no lo sean, sino que jueguen el papel de obstáculo en el desarrollo del saber histórico. Pues “la práctica nos dice” que, pese a la buena voluntad, no es suficiente la afirmación del historiador para actuar como tal. O en otros términos, las buenas intenciones del historiador no se plasman, cual ritual-mágico, libre de posibles distorsiones.

Al margen por tanto de la intencionalidad, el discurso histórico tiene unos techos, que entre otros elementos, tienen relación con las distintas concepciones históricas (aunque también a la historia haya llegado “el fin de las ideologías”).

Aquí nos interesa destacar de las diversas concepciones históricas; su entidad de saber, o sea, todo historiador, quiera o no, construye un saber o piensa que dicho saber *se* construye, pero piense una u otra cosa, ¿se trata de saber?. Y tratándose de saber, ¿se niega toda “graduación” de saber?. Y tales niveles ¿son construidos o *se* construyen?. Ha de quedar bien claro que cada respuesta es UNA OPCION más o menos “gratuitamente” tomada si no se argumenta (pensando que las opciones que no se argumentan tienen más a flor de piel acudir a la excomunión...).

Si lo anteriormente dicho tiene algún grado de validez, parécenos poder deducir que

al margen de la intencionalidad, el discurso histórico opera dentro de unos márgenes que se extienden de la tendencia empiricista a la crítica.

A nivel teórico, podíamos caracterizar la tendencia empiricista por su concepción pasivo-mística del proceso de conocimiento. El historiador debe ser un "medium" a través del cual se reflejen los acontecimientos (2). Esta concepción oculta la complejidad del proceso de conocimiento, reduce el proceso de investigación al de exposición, planteando tales procesos (tanto el de exposición como el de investigación) como procesos en los que la actividad humano-social debe intentar igualarse a cero con el fin de que así puedan hablar los mismos datos (3). Evidentemente se reconoce que Tucídides era ateniense, que S. Cipriano, "cuando habla de asuntos católicos", está preconicionado... pero en cuanto se llega al siglo XIX, a la crítica filológica, epigráfica... tales "desviaciones" dejan de existir. No intentamos con ello decir que S. Cipriano y el "filólogo científico" jueguen al mismo nivel, ello sería ignorar el proceso histórico desarrollado entre el siglo III y el XVIII. Pero lo que no podemos negar, es que en su especificación, Cipriano y nuestro sabio realizan un trabajo en una formación social, por lo que se hace necesario determinar la relación entre el historiador y su formación social —relación que actúa inconsciente y/o conscientemente—.

Cuando consideramos el proceso de conocimiento (tanto de Cipriano como de MOMMSEN) como uno de los procesos que integran una "sociedad concreta", descubrimos que la concepción empiricista del conocimiento juega inconsciente y/o conscientemente, junto a su función teórica, una función extra-teórica; pues identificando el dato con el "acontecimiento" datado (ocultando el proceso y la toma de partido realizada entre ambos), y siendo el dato acontradictorio en sí, también lo es el "acontecimiento reflejado" y por ende, su sociedad.

La concepción empiricista, identificando a-priori el dato y el acontecimiento que refleja, se auto-dificulta para poder ver en el devenir histórico cuanto sea conflicto, contradicción, complejidad. Negando (al menos como desiderato) la toma de partido (opción) del historiador, el empiricismo puede afirmar que el historiador, en algún momento, logra la "objetividad" (sin plantearse la opción "filosófica" de la relación objeto-sujeto), sin poder dudar, que tal objetividad sólo sea la consecuencia de una opción filosófica tomada a-priori.

Es decir, el discurso histórico, consciente e/o inconscientemente, se mueve (a) entre el intento de hacer pasar por "objetivo" algo que lo es, a partir de la opción que el historiador tiene en su sociedad y (b) la afirmación que todo postulado está condicionado por la toma de posición, y de ahí su necesidad de afirmarse como *crítico*. Reincidentemente decimos que no basta considerarse crítico, y dada la complejidad-conflictividad del discurso histórico (complejidad-conflictividad que responde en último caso a la complejidad-conflictividad de la formación social), se es crítico a unos niveles determinados y no de una vez para siempre.

Así, nos hemos deslizado paulatinamente a una segunda problemática: "*relación del saber histórico*", problemática aludida por la vieja cuestión del "contenido y la forma de la Ciencia" y que, según nuestra lógica, podríamos enunciar axiomáticamente: la historia es saber, saber de un objeto a definir —"las sociedades concretas"— y "dialécticamente" es impensable profundizar en un aspecto sin el otro. Por ello pensamos que en tanto en cuanto el historiador haga consciente el grado de entidad de su saber y la conceptualización de su objeto ("las sociedades concretas"), será tal historiador.

Repetimos, el discurso histórico se mueve dentro de unas tendencias que oscilan entre (a) el ocultar -minusvalorar la actividad encerrada en proceso de conocimiento, —ocultando-ignorando consiguientemente las opciones asumidas en tal actividad, opiniones no sólo teóricas sino también políticas y económicas y (b) el plantear tal discurso, como proceso integrante del conjunto de las prácticas sociales por un doble mérito: porque el saber histórico es una práctica social y porque el objeto de dicha práctica es a su vez estudiar los mecanismos que rigen la interrelación de las prácticas sociales. Afirmando que todo discurso histórico, producido por un historiador en una formación social, se produce entre tales oscilaciones, oscilación determinada por las condiciones subjetivas (objetivamente determinadas) y las objetivas. Por ello, lo que intentamos decir no es en forma alguna que existan discursos críticos (buenos), sino que todo discurso es comprensible dentro de la "lucha entablada" entre el ocultar-justificar las condiciones que determinan las prácticas sociales (incluida la teoría y, en ella, la histórica) y el descubrir-transformar dichas condiciones, —condiciones que evidentemente no pueden reducirse nunca a determinados planteamientos teóricos, por muy perfectos que sean—.

Podemos caracterizar la tendencia crítica, a nivel teórico, o plantear la "teoría del conocimiento" como un proceso en el que no existe un objeto a reflejar sin condicionantes, sino un objeto a teorizar, a conceptualizar, en unos condicionantes transformables. Teorización determinada por la "naturaleza del objeto" (naturaleza que es donada por el objeto, sino que tie-

ne que ser producida). En cuanto a los objetos a conceptualizar son definibles una vez realizada la conceptualización, la historia, como cualquier otro saber, puede aprender de los otros procesos de conceptualización. De otra forma, el proceso que lleva de lo "singular" histórico a lo "general", de lo "concreto" a lo "abstracto".... sólo tiene sentido cuando está definido el objeto a estudiar.

¿Qué sentido tiene hablar de lo singular, concreto.... de la química o de las matemáticas, antes de la conceptualización de los cuerpos químicos o los números?. Cuando el químico habla del agua, no se refiere a la vivencia poética del azul marino o a las aguas pardas de las ramblas y cuando el matemático habla de guarismos, no se refiere a las manzanas que utiliza el niño para sumar cuatro y cuatro o a los dedos que utiliza el licenciado en letras cuando tiene que poner al día las letras del coche. Sólo una vez conceptualizada el agua como H O o el número como guarismo tiene sentido hablar de variantes singulares o concretas en la química y las matemáticas. Pensamos que no se puede plantear la complejidad de la química o las matemáticas antes de definir-delimitar el objeto de cada una de esas ciencias.

O sea, en las ciencias experimentales, según la ideología empirista, en las "auténticas ciencias", se puede ver la relación existente entre el objeto de cada ciencia y el nivel de conceptualización. Es decir, en las "ciencias experimentales" no tiene sentido hablar de la dificultad, de la complejidad de la matemáticas, química.... antes de definir esas matemáticas o esa química.

A pesar de ello, es *vox populi*, que la historia no es ciencia (siguiendo la concepción empirista de las ciencias) y no lo es antes de definir cuál es el objeto de tal ciencia, o sea, se niega la entidad científica de la historia partiendo de la noción vulgar que se tiene de ella, de la misma forma que se podría negar la científicidad de las matemáticas definidas a nivel de manzanas y dedos o la científicidad de la química definida a nivel de agua azul o parda.

Así, apoyándose en la marginación de las restantes problemáticas científicas, olvidándose que la científicidad no es reducto de la historia (aunque simultáneamente se afirme que las únicas ciencias auténticas son las experimentales) es posible emplear como categorías axiales del saber histórico nociones tan descriptivas como hombre, sociedad, civilización.... empleando además tales términos con la misma fuerza como si se tratara de H O o un guarismo, sin necesidad, por supuesto, de pasar por los difíciles caminos que han llevado a la vivencia del agua a su conceptualización.

Si hemos afirmado que la conceptualización está determinada por el objeto a conceptualizar, nos estamos cerrando el paso a todo intento de hacer extrapolación de una ciencia a otra. De todas formas es constatable la existencia de un proceso que va del nivel descriptivo al conceptual, proceso que cada ciencia tendrá que resolver de acuerdo a la entidad de su objeto.

Y así llegamos al meollo de nuestra comunicación: el término estructura social u otro similar, sólo tiene sentido si se le situa dentro de la problemática teórica que le dé contenido (4). No afirmamos, en absoluto, que hablar de estructura social requiera comenzar por los conceptos abstracto-formales o por los concretos; sólo señalamos que el término (estructura social) tomará un puesto diferente según se plantee en un terreno descriptivo o conceptual.

¿Puede la historia pasar del nivel descriptivo?. Evidentemente, si permanece encerrada en el terreno de la vivencia, no. De forma similar como las matemáticas no podrían salir de seguir atadas a los dedos, o la química a las turbias aguas. Sin embargo, si cambiamos de tercio, si intentamos seguir el duro proceso de las otras ciencias, tendremos que dejar la respuesta en el aire mientras no hayamos realizado tal esfuerzo.

Hablar de la dificultad del objeto de la historia, antes de intentar su conceptualización, carece tanto de sentido como hablar de los problemas de las matemáticas por la mala divisibilidad de las manzanas.

Nos parece más adecuado poner de relieve que mientras el objeto de las matemáticas tiene que ver con la sociedad sólo indirectamente, la historia tiene por objeto el conocimiento-transformabilidad de la sociedad. Atreviéndonos a insinuar que mientras los poderes de este mundo están interesados en conocer y transformar el mundo físico, incluso mental, parece más difícil pensar que quieran o les interese conocer (con la consiguiente posible transformación) las estructuras sociales.

Nos parece, pues, que los principales obstáculos de las "ciencias sociales" no son precisamente obstáculos teóricos, sino, diríamos, obstáculos sociales. De momento sigamos con los primeros.

Opinamos que la historia tiene problemas teóricos, y a no ser que los historiadores de un tiempo acá nos hayamos convertido en *homines sapientes* de una especial naturaleza, los problemas particulares de nuestro saber se resuelven por procesos análogos al de los restantes sa-

beres. Procesos realizados y cognoscibles en sus respectivos sistemas científicos. Y es curioso observar, que mientras en los actuales sistemas de las ciencias llamadas experimentales se ponen en tela de juicio los términos de ciencia, ley, causa... tales términos son usados con el mayor desparpajo por los “científicos experimentales” (“tradicionalmente” la única ciencia verdadera) que ponen en cuestión su científicidad, los sabios de las “ciencias humanas” plantean la realidad de su ciencia como algo fuera de discusión.

¿Pretendemos abrir las puertas a nuestro saber a “disquisiciones bizantinas” (epistemológicas) cuando se sabe el callejón sin salida al que han llegado tales disquisiciones en otros terrenos?. Maticemos. Por “disquisiciones bizantinas”, en términos más precisos, se alude a la confrontación de las distintas opciones teóricas. ¿No es peligroso anular toda reflexión en base a que determinadas opciones se elevan con demasiada facilidad al estudio del género de los angeles?. ¿O es qué *a-priori* nos apuntamos a *otra opción*, no cuestionable, que podríamos llamar tecnicista, pragmática... o algo por el estilo?.

Se repite hasta la saciedad que la solución está en marchar de la teoría a la práctica, de lo concreto a lo abstracto... y marchar en circunvalación. Pero, ¿qué hay detrás de las palabras?. ¿en base a qué se distingue la teoría de la práctica, lo abstracto de lo concreto?. ¿Son lo abstracto y lo concreto categorías eternas?. ¿La concepción y graduación del mundo sensorial funcionan acaso de la misma forma en Platón que en Piaget?. ¿No es la función precisamente de cada ciencia limitar lo que es su teoría, su práctica, su abstracto, su concreto?.

Cuando entre la física “experimental” y la “teórica” se tambalean las separaciones, cuando los matemáticos se rompen la cabeza buscando su “teoría” y su “práctica”, los historiadores invocamos nuestra piedra filosofal: CIRCUNVALACION.

No intentamos con esta metáfora anilinar olímpicamente los logros del pensamiento dialéctico, sólo pretendemos criticar la “dialéctica de las palabras” —incluida desde luego la nuestra— “la dialéctica” especie de varita mágica que vivifica cuanto toca. Pues si dialéctica (aproximadamente) es la afirmación de toda realidad como contradictoria, ¿en base a qué se pretende unir algo que nunca existió separado?. Pensamos que, en un elevado porcentaje, reducimos la dialéctica a la deixis usada al “describir” una escalera de caracol. Y convirtiendo la dialéctica en deixis la volatizamos.

¿Cuál es la teoría y la práctica de la historia?. ¿Cuál su abstracto y su concreto?. ¿Acaso nos hemos olvidado que hasta hace un par de siglos la HISTORIA se reducía a los héroes, dioses, reyes, batalla...? ¿Acaso en tal historia no es evidente que la “teoría” está sometida a una ideología-política?. ¿Hemos olvidado que la “solución” de la filosofía de la historia no fue sino el intento de hacer pasar por eternas categorías ideológicas, que, en último caso, eran un resultado más del proceso histórico?. Pensamos que tras el domino historicista la historia se replegó del “terreno teórico” (más bien de opción teórica determinada: filosofía de la historia) y se dedicó a la “elaboración de la práctica”. Pero, como ya hemos dicho, si tal elaboración práctica no responde a unas coordenadas teóricas conscientes, responderá a unas inconscientes. Esto es, el discurso histórico está siempre objetiva y subjetivamente condicionado por el conjunto de las prácticas sociales, unas veces se intenta poner al descubierto esa relación (discurso histórico-prácticas sociales), otras se oculta e ignora.

Resumiendo, diríamos que son las coordenadas ideológicas (más o menos conscientes) las que determinan la entidad de la teoría y la práctica, determinación que pretende hacerse pasar por *teórica*, cuando realmente el papel que ésta juega es ocultar que el discurso histórico está determinado desde fuera del mismo discurso, está determinado por el conjunto de las prácticas sociales, como lo ha estado durante toda la historia(5) y lo estará a nivel similar mientras no se construya un saber riguroso que conceptualice las interrelaciones de las prácticas sociales.

Si no integramos en nuestra práctica de historiadores la auto-crítica, nos arrojamos en las manos de una serie de opciones teóricas determinadas (sin posible control) desde fuera de la propia práctica de historiador. Entre esas opciones creemos que hoy es dominante la “opción tecnicista”. Y la peor pasada que tal opción nos juega consiste en privarnos de todos los instrumentos que nos posibilitarían ser más críticos que Tucídides, Ibn Jaldún o Mommsen. Esto sólo es posible si aceptamos que el discurso histórico se construye críticamente y para ello hay que conocer cuál es el proceso seguido en la producción de dicho discurso, hay que conocer cómo se interrelacionan en dicho proceso la práctica “propiamente” histórica con las restantes prácticas sociales (“extra-históricas”), evitando hacer pasar por teórico (producido críticamente) algo que, aunque actúa en la teoría, ha sido producido (inconsciente y/o conscientemente) en relación con otras prácticas (política, economía).

Esto es, la crítica en la historia comienza a existir cuando el discurso histórico se sitúe adecuadamente dentro de las prácticas sociales, cuando se admita la no independencia entre el

historiador y la sociedad (algo muy diferente a la auto-afirmación del “objetivo”), cuando se admita que el discurso histórico es un discurso ideológica, política y económicamente determinado.

Pensamos que carece de sentido el intento de librarnos de tales dependencias, pues, nos guste o no, somos seres históricos y, cuando pretendemos salirnos de la historia (“ser objetivos”), lo único que hacemos es convertir lo histórico en eterno, o sea, aquella filosofía que tanto detestamos.

Los historiadores tenemos por consiguiente problemas teóricos y, aunque en la discusión de las distintas opciones el predominio de la opción idealista (6) haya entregado a la historia en las manos de la “filosofía”, hemos de afrontarlos, ya que el no afrontarlos, significa seguir otra “filosofía”.

La historia como todo saber, tiene problemas teóricos y la especificidad de los problemas históricos viene dada por la doble relación que nuestro saber tiene con su objeto: “las sociedades concretas”.

De los muchos problemas (obstáculos) existentes en la actual coyuntura, pensamos que, en particular dos, son dignos de plantearse a la consideración de los miembros de este Coloquio.

¿Intentando la historia conocer “sociedades concretas” descansa el actual método de enseñanza cronológico-progresivo sobre algún fundamento sólido? ¿Qué lógica tiene intentar conocer la sociedad sumeria antes de conocer la sociedad que vivimos? Aclaremos la cuestión. No tratamos de cuestionar el método cronológico progresivo por el regresivo, intentamos cuestionar la validez del método cronológico (7) para el estudio de una historia cuya finalidad no sea la recopilación de datos sino el conocimiento de unas “sociedades concretas”.

Otra cuestión. ¿Somos conscientes los historiadores, que mientras los *conceptos* básicos de otras ciencias forman parte del lenguaje cotidiano: concepto de guarismo o H₂O, (siendo evidente para todo alumno de selectivo que cuando el profesor enuncia tales términos se refiere a ellos y no a la vivencia que cada alumno tenga del agua de su pueblo o las manzanas que contaba cuando niño), somos conscientes, de cual es la situación a este respecto de la historia? ¿Vemos que en historia, las nociones de sociedad, civilización,...son análogas a las manzanas y al agua cristalizada, esto es, son exclusivamente descriptivas? ¿Nos damos cuenta del caos que ello origina y que mientras dure dicho caos, es imposible el avance del conocimiento de las “sociedades” que queremos estudiar?.

Pensamos que, si realmente trabajamos en el avance de la historia, hemos de elaborar, “a nivel de niños”, los conceptos básicos de nuestro saber, de la misma forma que hemos de estructurar nuestro saber con una mínima lógica.

Ya hemos dicho que los principales obstáculos de las “ciencias sociales” no son precisamente obstáculos teóricos sino sociales. No es la dificultad de la sociedad en-sí la que justifica el desfase con el conocimiento de otros objetos. Creemos que no existe una dificultad metafísica que impida el conocimiento de las sociedades (a nivel de perogrullo, pensamos que se conoce más una sociedad cuando se la “define” como el conjunto de hombres, pues para empezar, parece evidente que en las sociedades, aparte de hombres, existen iglesias, cuadros...) —luego, con una determinada “conceptualización”, se puede la sociedad analizar más precisamente que con otra—.

Más bien, dado que el conocimiento de las sociedades no se realiza en las nubes sino por unos individuos, por medio de unos libros, en unas instituciones, en una sociedad..., pensamos que a “esta sociedad” le interesa conocer ciertas cosas y no otras; osamos decir precisamente que en esos intereses es donde radica el principal obstáculo para el conocimiento de las relaciones sociales. A estos intereses son a los que aludíamos de otra forma cuando decíamos que el discurso histórico está ideológica, política y económicamente determinado.

Decir que el discurso histórico está así determinado es equivalente a afirmar que dicho discurso es incomprensible si se plantea aisladamente ya que sólo es comprensible planteado en sus relaciones y de ellas, sólo queremos insinuar, con lo que terminamos, una. Es aquella que conecta el discurso histórico con el sistema educativo por medio del aparato académico.

Esta determinación nos dice que intentar la comprensión del actual momento de la historia, olvidándonos tanto del papel que esa historia juega en el sistema educativo como de que tal sistema no sólo está en la sociedad sino es la sociedad (8), es una utopía.

Pero aunque ya Durkheim (9) “descubriera” que, de la misma forma que la educación griega estaba encaminada a producir griegos, nuestra educación, tan aséptica, está encaminada a producir.... hispanos, a pesar de ello, seguimos creyendo (milagro) que el desarrollo de la historia es comprensible fuera del sistema educativo, más globalmente, fuera del conjunto de las

NOTAS

1.— Puede servir de ejemplo la reseña de la obra de H.I. Marrou EL CONOCIMIENTO HISTORICO, realizada por B. Boyance ("Rea" 73-1-2, pags. 150 ss.)

2.— Pensamos que es urgente realizar un desmontaje del término reflejo, seríanos para ello de gran utilidad la obra de G. Canguilhem, LA FORMACION DEL CONCEPTO DE REFLEJO EN LOS SIGLOS XVII Y XVIII, Edición Avance. Barcelona, 1975.

Su lugar ha de ser ocupado por una teoría adecuada de la interrelación de las prácticas o, como se dice en la Introducción a TEXTE, POLITIQUE, IDEOLOGIE: CICERON: "il faut que l'historien montre comment, par quelles médiations, s'opèrent de manière complexe —ce qui exclut l'idée de causalité directe, de liaison automatique, mécanique— les interactions entre idéologie et le mode de production dominant, la nature et la qualité des rapports sociaux qui le caractérisent, la nature et l'ampleur des contradictions et des antagonismes qu'il secrète, entre une pratique idéologique et le moment historique". Ed. "Les Belles Lettres", Paris, 1976, p.8.

3.— Un análisis profundo de los muchos reductos que tiene la tendencia empiricista (histoire historienne) es la obra de G. Mairet, LE DISCOURS ET L'HISTORIQUE. ESSAI SUR LA REPRESENTATION HISTOIRENNE DU TEMPS, ed. Mame, Paris, 1974.

4.— Tesis que coincide con la de P.Q. Hirst:
"The general thesis presented here is that forms of classification are not and cannot be independent of forms of theoretical explanation. The reason for this dependence is that the very objects to be classified are constituted by definite social theories and these theories also provide the conceptual means of classification. The objects classified are not given independently of theory".

SOCIAL EVOLUTION AND SOCIOLOGICAL CATEGORIES, ed. G. Allen & Unwin Ltd. London, 1976.

5.— Creemos que no es necesario desarrollar aquí la distinción entre la historia-objeto real y el discurso sobre la historia-objeto de conocimiento. (Historie/Geschichte?).

6.— Entendiendo por opción idealista no sólo la que se afirma como tal, sino también aquella que intente un "cambio de planteamientos" sin conocer ni tocar las condiciones que motivan todo planteamiento.

7.— Pensamos que G. Mairet deja bien claro cuales son los fundamentos de tal método, op. cit. sobre todo las páginas 35-63.

8.— Distinción señalada con enorme precisión por C. Lerena, ESCUELA, IDEOLOGIA Y CLASES SOCIALES EN ESPAÑA, ed. Ariel. Madrid, 1976.

9.— En cita que toma C. Lerena como encabezamiento de su obra y que no nos resiganmos a omitir:
"Todo el mundo está presto a reconocer que en Roma, en Grecia, la educación tenía como único objetivo el de formar griegos y romanos y, consecuentemente, era solidaria de todo un conjunto de instituciones morales, económicas y religiosas. Pero no nos gusta hacernos la ilusión de creer que nuestra educación moderna se zafa de la ley común, que, de ahora en adelante, es menos directamente dependiente de las contingencias sociales..."

"Educación y sociología.". Ed. Península, Barcelona, 1975.